

Viacrucis desde la gratuidad

Chus Villarroel O.P.

Monición introductoria

Hermanos: El Señor Jesús ha resucitado. Vive para siempre y nunca más volverá a morir. Su humanidad fue juzgada y asesinada por el pecado de los hombres, de todos y cada uno de nosotros. Todos le gritamos a Poncio Pilatos que lo crucificara. Le creímos digno de muerte porque se oponía a nuestros planes. Dios, sin embargo, le dio la razón resucitándolo de entre los muertos. Es más, le ha constituido Señor y le ha nombrado Juez de vivos y de muertos. Le ha sido sometido todo en el cielo y en la tierra. No obstante, no hay nada que temer. Al contrario, tendremos vida a costa de su muerte. Su Espíritu nos hará entender este misterio de amor siguiendo sus huellas en este viacrucis. Démosle gracias y vivamos en oración el testimonio de sus últimas horas en este mundo.

1ª Estación: Jesús en el huerto de los olivos.

Puesto de rodillas oraba diciendo: Padre, si es posible aparta de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad sino la tuya. Cuanta mayor era su angustia, más insistentemente oraba. Su sudor se parecía a gotas espesas de sangre que caían a tierra (Lc 22, 41-44).

Cuanto más sufrías, Señor, más insistentemente orabas. Eso dice tu evangelio. Llegaste hasta tal angustia que sudabas gotas de sangre. Tu humanidad, como la nuestra, aborrecía el sufrimiento y gritaste: “Padre, si es posible, pase de mí este cáliz”. Pero no fue posible, Señor, porque sufrías por todos nosotros. Allí estaba yo también con todos mis pesos.

Ahora sólo quiero decirte una cosa: gracias por tu angustia, gracias por tus gotas de sangre; ellas son las que me salvan. No son mis sufrimientos, ni mis esfuerzos, ni mis bondades las que cuentan. Eres tú, Señor, eres tú el único Salvador, la única ofrenda agradable al Padre. Que yo no me apoye en mis obras ni en mis méritos, sino que crea en tu amor totalmente gratuito, sin pedir nada a cambio. Nadie me ha querido, nadie me ha buscado, nadie ha dado su vida por mí como tú lo has hecho. Nos amaste siendo enemigos tuyos, cuando no te entendíamos, cuando le pedíamos a Pilatos tu vida. Jesús, eres único; gracias por el mal rato que pasaste en Getsemaní.

2ª Estación. Jesús traicionado por Judas

Todavía estaba Jesús hablando cuando se presentó Judas acompañado de un tropel de gente armada con espadas y palos. Se acercó Judas a Jesús y le dijo: Maestro. Acto seguido lo besó y entonces todos se abalanzaron sobre él para prenderlo (Mc 14, 43-46).

El beso de Judas, Señor, es mi beso, el beso de cualquier hombre. ¡Qué contradicción! Con un gesto de amor te traicionamos. Los hombres somos así. Hacemos daño muchas veces con nuestros besos. Aún queriendo ser buenos, nos sale lo malo. No hay bondad en nosotros para poder besarte, para poder abrazarte, ni a ti ni a los hermanos. Estamos, como Judas, encerrados en nuestros intereses y, a veces, en nuestra malicia y pecado. Haz, Señor, que nos dejemos salvar por ti para que dejemos de ser Judas los unos para los otros.

Tú, Jesús, vivo y resucitado para siempre, sabes besarnos y llenarnos de paz. Tú sabes besarnos en nuestras pobreza y heridas. Tú abrazas y besas a los más pequeños, a los más necesitados. Siempre te pones de parte del excluido, del que es víctima, del que no tiene protección. Tú tienes experiencia de todo lo nuestro, de nuestras traiciones. Judas te traicionó, pero antes ya habías sido asesinado en Abel, vendido en José, perseguido al nacer, violado en niñas, excluido en los pobres, despreciado en los indefensos, injustamente tratado en todas las víctimas de la historia. Te necesitamos, Señor, necesitamos tu gracia para crear unas relaciones

nuevas entre los hombres. Que tu gracia sane mis besos y los transforme en besos de paz, de cariño, de perdón y misericordia.

3ª Estación: Jesús condenado por el Sanedrín

Otra vez le interrogó el sumo sacerdote: ¿"Eres tú el Mesías, el Hijo de Dios bendito"? Jesús respondió: "Sí, lo soy... Al oír esto el sumo sacerdote dijo indignado. "¿Para qué queremos más testimonios?" ¡Ya habéis oído su blasfemia! ¿Qué os parece? Y todos a una le condenaron a muerte (Mc 14, 61-64).

Señor Jesús, tu profeta Isaías había dicho que serías entregado sin juicio, sin argumento, sin culpa. Es verdad, pero tú te expusiste a ser juzgado porque te hiciste pecado y maldición, como un cualquiera. Ya sabemos que no eran tus culpas sino las nuestras. Te damos gracias porque te dejaste juzgar y tratar como un pecador. Era yo el que era juzgado cuando te juzgaron a ti; tú quisiste ponerte en mi lugar. Nosotros no nos ponemos en lugar de nadie; al contrario, como el Sanedrín, juzgamos y rechazamos. Jesús, ten piedad de este mundo nuestro que te ignora y que te volvería a matar si volvieras.

Gracias a tu resurrección nos damos cuenta de que Dios te ha dado la razón, y no solo te ha devuelto a la vida sino que te ha constituido Señor de todas las cosas y Juez de la historia. Gracias a tu resurrección podemos ser buenos. Te alabamos, Señor, por tu santa y maravillosa resurrección. Tu victoria es la nuestra y nadie nos la arrebatará. Que esta victoria tuya actúe en nosotros y termine con nuestros juicios, con nuestras envidias y nuestras rivalidades. El juicio del Sanedrín no pudo ser otra cosa que una pantomima. No sabían de qué acusarte pero tenían muy claro que te iban a condenar. Así actúa nuestra malicia impresentable. Sana, Señor, los juicios de nuestro corazón.

4ª Estación: Pedro niega a Jesús

Pedro estaba sentado fuera, en el patio; y se le acercó una criada que le dijo: "También tú andabas con Jesús, el galileo". Pero él lo negó delante de todos: "No sé lo que estás diciendo". Cuando salía hacia el

pórtico lo vio otra criada, que dijo a los que había allí: “Ése estaba con Jesús el Nazareno”. Y él de nuevo negó con juramento: “No conozco a ese hombre”. Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron: “Realmente tú también eres de ellos pues tu acento te delata”. Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar: “No conozco a ese hombre”. Y en aquel momento cantó un gallo. Y Pedro se acordó de lo que había dicho Jesús: “Antes de que cante el gallo, me negarás tres veces” (Mt 26, 69-75).

Señor Jesús, yo te pido no negarte nunca. Ya tengo bastantes cosas con las que cargar para encima negarte y encerrarme en mi oscuridad. Concédemelo como una gracia ya que por mí mismo soy tan débil como Pedro. Cualquier criada me asusta, cualquier juicio del mundo me avergüenza, me cuesta ser cristiano, sacar la cara por ti. En esta sociedad mundana y descreída muchos van contra ti y contra tus discípulos; seguirte es nadar contra corriente. Cualquier cosa, Señor, antes que perderte, antes que negarte y alejarme de ti.

Te damos gracias porque en tu resurrección le concediste el perdón a Pedro y en él a todos los débiles como yo. Ahora te quiero pedir por los más débiles: por los niños abortados, los que mueren de hambre, los maltratados y abandonados, los que cambian de padre cada fin de semana, los que están en orfanatos y correccionales. De una manera especial te pedimos por los que te niegan en los niños y en los pobres. Ablanda, Señor, su corazón. Quiero vivir en la Iglesia de Pedro, de los perdonados, de los débiles, indigentes y necesitados, de los que todo lo esperan de ti y de tu amor. Quítame la soberbia de querer salvar al mundo por mí mismo, porque sé que, como Pedro, seré derrotado.

5ª Estación: Jesús es juzgado por Pilatos

Llevaron atado a Jesús y se lo entregaron a Pilatos. Éste le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?” Jesús le contestó: “Tú lo dices”. Como los jefes de los sacerdotes no dejaban de acusarle, Pilatos le preguntó otra vez: “¿No respondes nada? Mira cómo te están acusando”. Pero Jesús no contestó; así que Pilatos se quedó sin saber qué pensar (Mc, 15, 1-5).

Otro juicio del mundo sobre ti. Este fue un juicio político. Pilatos no supo reconocerte ni se interesó por ti; te condenó por miedo a perder su puesto. Tú, ante tal indiferencia, también, Señor, te callaste y dejaste a Pilatos perplejo y sin saber qué pensar de ti. ¿Por qué no te defendiste? Para nosotros fue mejor que te callaras. Tú sabías que no te estaban juzgando a ti sino a toda la humanidad y verdaderamente no tenemos defensa. Tú nos amabas y por eso no te defendiste; preferiste entrar en la muerte por nosotros. En Pilatos te estaba juzgando el Padre y tú aceptaste el reto. Tu muerte resucitada sería el principio de una justicia nueva.

Señor, te damos gracias por esta justicia nueva que ya no se basa en nuestras obras y ofrendas, incapaces de sostenerse. Junto a ti yo no quiero mi justicia ni mis méritos ni mi valía. Sé que sólo puedo sostenerme en pie delante del Padre, gracias a tu muerte, no a las mías. Por eso, Señor, dame fe en ti; asegúrame de que es en tu sangre donde yo y el mundo entero estamos a salvo. Líbrame de la soberbia de creer que yo puedo hacer algo por mí mismo para mi salvación. Enséñame que tú eres la salvación y que sólo tu gracia me lleva a ella. Quiero amarte sabiendo que tú eres todo para mí.

6ª Estación: Jesús es flagelado y coronado de espinas

Queriendo quedar bien con la gente, Pilatos ordenó que pusieran en libertad a Barrabás y que a Jesús lo azotaran y lo crucificaran... Le pusieron un manto de púrpura y una corona de espinas en la cabeza para burlarse de él (Mc 15, 15-19).

¡Qué escenas más duras, Señor! ¿Qué quisiste sanar en nosotros sometiéndote a estas afrentas? Tu humanidad ha sido el instrumento que Dios eligió para nuestra salvación, pero ¿era necesario llegar hasta el extremo de dejarte insultar, flagelar, burlar y coronar de espinas? Sí, era necesario y te damos gracias porque lo has hecho. ¿Qué pensabas, Jesús, de los que te azotaban? ¿Pensabas en mí? ¿Me veías con un látigo en la mano? Has tenido que pasar por nuestras situaciones, una a una, para que todas queden redimidas. Si tú no pasas por ellas el Demonio sigue siendo su dueño. Gracias porque me has librado de él.

Te veo, Señor, atado a la columna mientras te flagelan. Te presento a todos los que están atados por la enfermedad, por el paro y la pobreza, por un matrimonio infeliz, por diálisis, por la enfermedad de un familiar, por torturas de la mente, por un trabajo agobiante, por el desprecio y el odio y la humillación. Sana, Señor, a todos los que se sienten desgraciados en su enfermedad. Renueva nuestra confianza. Haznos experimentar que no estamos solos, que tú estás en nuestros problemas. Yo quiero alabarte en el absurdo, allí donde no entiendo nada, en cualquier circunstancia que me torture.

7ª Estación: Jesús carga con la cruz

Después de haberse burlado de él, le quitaron el manto de púrpura, le vistieron su propia ropa y lo sacaron de allí para crucificarle (Mc 15,20).

El que quiera venir en pos de mí, que tome su cruz y me siga. Tú, Señor, has dicho estas palabras. Tú lo hiciste primero, tú cargaste con tu cruz. No obstante, no me mandes a mí algo imposible. Yo no puedo cargar con mi cruz. La rechazo y huyo de ella todo lo que puedo. No me es nada amable. No me acepto, ni acepto mi vida. A veces quiero que se muera gente que está a mi lado. No los soporto. Tampoco soporto mi trabajo ni a los que mandan. Sin embargo, yo sé que sólo siguiéndote a ti encontraré descanso.

Yo sé que la cruz para el cristiano puede ser gloriosa porque tú ya has vencido a la muerte. Tú dijiste: *No temáis, yo he vencido al mundo*. Por el poder de tu victoria: Acuérdate, Señor, de todos los que blasfeman en sus sufrimientos, de todos los que lo llevan mal, de los que se hacen ateos porque no entienden el dolor en el mundo. Acuérdate también de todos los que trabajan para mitigar el dolor de las injusticias, desigualdades, hambres y carencias de todo tipo; acuérdate de los médicos, investigadores, enfermeras; de todos los que tienen la cruz en su propio hogar o comunidad. Te entregamos, Señor, la cruz del mundo entero, pon tu mano sobre nuestro dolor.

8ª Estación: Jesús es ayudado por el Cireneo

Por el camino encontraron a un hombre que volvía del campo, a un tal Simón, natural de Cirene... y le obligaron a cargar con la cruz de Jesús (Mc 15,21).

Un hombre cualquiera, llamado Simón, venía del campo. Al ver la comitiva que acompañaba a Jesús, se acercó, tal vez por curiosidad. Los soldados, contra su voluntad, le obligaron a ayudar a Jesús y a cargar con su cruz. Pese a su mala disposición fue bendecido. Jesús lo miró agradecido y la gracia se derramó en su alma. Los hijos de este tal Simón de Cirene son citados como miembros de la Iglesia primitiva. Jesús, tu mirada profundamente humana conoce nuestros corazones. Nadie te gana en generosidad.

Gracias, Señor, porque todos los que estamos hoy aquí queremos ayudarte a cargar con tu cruz, aunque a veces nos cuesta. La cruz de los enfermos, de los ancianos, de los que están solos y no tienen hogar. Que nuestra entrega a tu Iglesia sea sincera y no la hagamos desde nosotros mismos y nuestros intereses. Que oremos desde el corazón, que sirvamos a tus hijos con convicción y a tus pobres con amor. Que sea tu Espíritu el que dirija nuestro obrar para que no nos busquemos a nosotros mismos sirviendo a los demás. De esta forma te ayudaremos, como el Cireneo, a llevar tu cruz y la del mundo entero.

9ª Estación: Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

Detrás iba también mucha gente del pueblo y mujeres que lloraban y se lamentaban. Jesús, en cierto momento, se volvió a ellas y les dijo: "Mujeres de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad, más bien, por vosotras y por vuestros hijos (Lc 23, 27-28).

Dios nos encerró a todos en el pecado para tener misericordia de todos. Nuestro llanto debe recaer sobre nosotros. Sin embargo, somos objetos de misericordia por medio de esta pasión que contemplamos. Jesús, tú eres la compasión de Dios hacia nosotros. Nos duelen tus sufrimientos, pero no podemos llorar por ti como lo hacían las mujeres. Tu misión es de amor. No es un castigo lo que te ocurre, nadie te quita la vida, tú la entregas con amor infinito. Gracias, Señor.

En cambio, sí debemos temer y llorar por nosotros y por los hermanos que se alejen de la misericordia, marchando detrás de sus planteamientos. Descúbrenos, Señor, tu misericordia, no permitas que nos endurezcamos como el pueblo judío. Sobre ellos cayó, a los pocos años, un castigo y no quedó de su ciudad piedra sobre piedra. Fuera de tu misericordia aún el vivir es un castigo. No nos dejes en nuestras propias manos; danos tu Santo Espíritu y aumentanos la fe. Haz que nos encontremos contigo más allá de las lágrimas, en el quebrantamiento del corazón.

10ª Estación: Jesús es crucificado

Cuando llegaron al lugar llamado “La Calavera”, crucificaron a Jesús y a dos criminales, uno a su derecha y otro a su izquierda. Jesús entonces decía: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 33-34).

Señor Jesús, mientras los hombres destrozaban y crucificaban tu cuerpo, tú les estabas perdonando y rogabas al Padre por ellos. Tu perdón es nuevo, cambia la historia de la humanidad. Nadie ha podido perdonar al que lo asesinaba y, si alguno lo ha hecho, ha sido porque tú le has dado tu gracia, le has hecho una criatura nueva. Tu perdón es algo bajado del cielo, que limpia como ninguna otra cosa nuestros corazones. Por eso son santos tantos mártires, porque han sabido perdonar a sus verdugos. Gracias por todos los que nos dan un testimonio de perdón semejante al tuyo.

Yo, Señor, no sé perdonar. Mi hombre viejo, cuando se siente herido, hierve en deseos de juicio y de venganza. El rencor y el resentimiento habitan en mí. Pienso que el que la hace debe pagarla. Sáname, Señor, yo no puedo perdonar. Sana todos mis recuerdos heridos. Hazme una criatura nueva en el perdón. Sólo tú puedes hacerlo como regalo de tu muerte y resurrección. Que yo aprenda a morir en el perdón, no como obra de mi esfuerzo sino como fruto de tu justicia, la que nos has merecido en este precioso misterio pascual que estamos recorriendo en este rato de viacrucis.

11ª Estación: Jesús promete su reino al buen ladrón

Uno de los criminales lo insultaba... pero el otro increpó a su compañero. Volviéndose a Jesús, le dijo: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino". Jesús le contestó: "Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc 23, 39-43).

Extraña escena. En plena pobreza, en la cercanía de la muerte, en presencia de un Jesús sangrante, un hombre acoge la gracia y el otro se endurece y radicaliza su malicia. ¿Qué es esto? ¿Qué hay detrás de tales posturas? Mi corazón se echa a temblar y te dice: "Acuérdate de mí en tu reino". ¿Por qué unos hombres son de una manera y otros de otra? No quiero entenderlo, no quiero ser un atrevido. Si lo hiciera dejaría de ser niño. *No pretendo grandezas que superan mi capacidad.*

Nosotros, Señor, no podemos salvarnos pero sí podemos condenarnos. Esto lo tengo muy claro. Sé también que tu muerte borra el pecado original y ahuyenta al demonio, padre del endurecimiento y de la soberbia. ¿Qué había en el corazón del mal ladrón? ¿Qué hay en el corazón de tantos que te niegan en estos tiempos? Señor, queremos acoger tu muerte, todos los frutos de tu muerte. Con esta gracia queremos orar por ese desgraciado ladrón y por todos los hombres que están en una situación semejante a la suya. Líbralos del poder del Maligno.

12ª Estación: Jesús crucificado, la madre y el discípulo

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, María la mujer de Cleofás, que era hermana de su madre, y María la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y, junto a ella, al discípulo a quien tanto quería, dijo a su madre: "Mujer, ahí tienes a tu hijo". Después dijo al discípulo: "Ahí tienes a tu madre". Y desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa (Jn 19, 25-27).

Señor, te alabamos por el misterio de tu Madre. Por su fe y su compasión su entrega se hizo total. La espada de Simeón atravesó su alma hasta el final. Creyó en ti, Señor, contra toda evidencia y contra el sentir de todo su pueblo, que gritaba tu muerte. Danos una fe semejante a la de María, tu Madre. En esa fe y en esa compasión le fue otorgado el don de la maternidad universal: *Mujer, ahí tienes a tu hijo.*

El pueblo ha intuido siempre el dolor de esta madre, por eso ha acudido tanto a ella. Una madre que no sufre por su hijo casi no es madre. Nos alegramos, Señor, y damos gracias por la hondura del sufrimiento de María. Esa experiencia la ha constituido abogada de todas nuestras causas. Nos sentimos hijos suyos y le agradecemos la ternura y la misericordia con que sus ojos nos miran. Tú nos dices: *Ahí tienes a tu madre.*

13ª Estación: Jesús muere en la cruz

Jesús exclamó: "Tengo sed". Había allí una jarra de vinagre. Los soldados colocaron en la punta de una caña una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. Jesús lo probó y dijo: "Todo está cumplido". E, inclinando la cabeza murió (Jn 19, 28-30).

Por fin, Señor, ha llegado tu hora. Mueres con mucha sed pero en paz porque todo ha sido cumplido. Después de muerto, tu costado fue traspasado y manó de él sangre y agua. Pero has resucitado y vives para siempre. Tu Espíritu, Señor, juntamente con tu sangre y tu agua serán los testigos. Seguiremos celebrando en la Eucaristía tu muerte, con el acento y el gozo de la resurrección. No estamos tristes por tu muerte, estamos orgullosos y agradecidos de que vivas para siempre.

Haz, Señor, que cuando vayamos a comulgar no comamos la carne de un cadáver. La muerte ya no tiene dominio sobre ti. La has vencido y le has quebrado su aguijón. Haz, Señor, que cuando llegue nuestra hora te sintamos cerca de nosotros. Acuérdate de los que están muriendo hoy, de una manera especial de los que no tengan paz, de los que se van a suicidar, de los que se matan a sí mismos mediante la droga y todas las lacras actuales, de los que carecen de esperanza y de todos los que buscan la vida en el pecado.

14ª Estación: Jesús es depositado en el Sepulcro

Al atardecer, José de Arimatea se presentó valerosamente a Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilatos, extrañado de que ya hubiera muerto, mandó llamar al comandante de la guardia para preguntarle. El comandante le dijo que sí y, entonces, Pilatos mandó entregar el cuerpo a José. Éste lo bajó de la cruz, lo envolvió en una sábana que había comprado y lo puso en un sepulcro

excavado en la roca. Después hizo rodar una piedra, cerrando con ella la entrada al sepulcro (Mc 15, 42-46).

Señor Jesús, tu humanidad se ha convertido en un simple cadáver colocado en un sepulcro bajo tierra. Eres como cualquier pobre hijo de Adán. Tu destino, como el mío en su momento, es la corrupción. Tu pobreza es absoluta, nada puedes hacer por ti mismo. Pero Dios tenía otros planes sobre ti. Ya lo había dicho el Rey David: *No permitirás que tu santo experimente la corrupción (Hch 2, 27).*

Señor, cuando me muera me sentiré a gusto en mi tumba porque me pareceré a ti. También sobre mí habrá un designio de salvación y sé que disfrutaré de una resurrección por pura gratuidad. Ninguno de mis méritos será capaz de resucitarme. Mi enganche con la vida eterna será la fe en ti. Tampoco tus méritos, Señor, hubieran sido capaces de resucitarte. Al final, los dos hemos sido amados gratuitamente en nuestra extrema pobreza, que es la del sepulcro. La diferencia es que yo merecí la muerte por mi pecado y tú no. Por eso Dios te hizo instrumento de salvación. Adoro, Señor, tu humanidad resucitada, sentada ya a la derecha de Dios Padre. Superada tu condición, terrena, tu Espíritu nos revela que tú fuiste hombre y sufriste como cualquiera de nosotros, pero que tu personalidad siempre fue divina, unida al Verbo de Dios para siempre por eternidad de eternidades.

Madrid, Marzo 2010

Post Data: 1) Este Viacrucis se llama de Juan Pablo II porque él lo promulgó. Escogió las estaciones y el texto bíblico; lo demás es de cada autor que lo quiera comentar. En este caso he sido yo.

2) Este Viacrucis forma parte de un futuro libro en el que se incluirán meditaciones más largas sobre cada una de las estaciones. Igualmente, se hará con el Viacrucis tradicional, el de la Verónica, las tres caídas de Jesús etc etc. Por lo tanto, si alguno ve algo que convendría corregir que me lo indique. Gracias.